

Hasta siempre, querido papá: palabras para mantener viva tu memoria

Pilar Galende

Cuando recibí la invitación a escribir estas palabras sentí una gran responsabilidad: mi presencia en este espacio es el devenir de una ausencia, es su contracara. Pensé largamente qué palabras serían justas para no caer en el regodeo de la tristeza, ni hacer de estas líneas una suerte de memoria u homenaje, sino más bien hallar en el recuerdo los hilos de continuidad que unen su trayectoria con la de sus compañeros y compañeras y también, por qué no, la mía.

Me gusta pensar en esas continuidades, que proyectan su pensamiento en el tiempo y las generaciones, y que se sostienen en la ética de la coherencia entre el sentir, el saber y el hacer que, con los años comprendí fue tal vez su mayor enseñanza. Su actividad profesional y académica no eran ajenas a nuestras sobremesas, que podían extenderse por horas, siempre acompañadas de su infaltable pipa. En cada anécdota familiar, su mirada reflexiva y aguda sobre la vida se traslucía en una certeza que podría traducirse así: las personas son (somos) historias. Y ese reconocimiento permanente a nuestra dimensión subjetiva no nos aleja de la razón ni nos acerca al perdón, es más bien una forma de compa-

sión y entendimiento de un lenguaje primario que nos sabe humanos. Con los años he pensado en esa marca, una herencia que sus hijos e hijas llevamos como modo de andar por la vida y relacionarnos con la alteridad. Un modo que impide eximirse del otro, de su condición, de trazar lazos, de tejer un vínculo. A veces pesa, en un mundo donde la viviandad y el culto al individualismo sobresalen como símbolos de una época.

Nunca llegué a hablarlo con él, pero hay otra herencia: la disidencia. Pienso en su posición crítica frente al modelo psiquiátrico y el objetivismo positivista, en su adhesión al sufrimiento psíquico no sólo como categoría política y epistémica sino como una posición profunda, radical ante el padecimiento mental, en su rotundo y sostenido rechazo al negocio de los psicofármacos como modo no solo de medicalizar la vida sino de mercantilizar todas sus expresiones. La “ilusión de no ser” es una síntesis perfecta que resume el drama de nuestros tiempos: la parodia de una humanidad adormecida a cuestas de su propio deseo. La fantasía de un mundo sin dolor, de un tránsito sin ataduras, de un atajo. Por eso habitar los bordes del pensamiento hegemonicó, denunciar sus inconsistencias y sobre todo proyectar otros horizontes más dignos y justos con lo que somos, son legados imprescindibles, que se expanden, se recrean y sostienen en escenarios muy disími-

les. En la academia, pero también en la calle, los hospitales y centros de salud, las universidades, y muchos otros espacios comunitarios, la cantidad y diversidad de mensajes de afecto y reconocimiento recibidos en estos días dan cuenta de esa multiplicidad de actores que lo recuerdan y continúan esos caminos. Intuyo que él no hubiera tal vez elegido pensarse como un “disidente”, pero la huella que nos deja a quienes elegimos no solo no ser parte de ese modelo sino además disentir, nos habilita un lugar donde pararse, sostenerse y abrazarse.

También pienso en el legado de su escritura. Sería muy difícil decir que alguna o alguno de nosotros hayamos heredado su capacidad: “ya tengo el libro acá”, decía mientras señalaba su cabeza, y el verano era la excusa, la pausa necesaria para que esas palabras salieran de allí y se convirtieran en un texto. Pero sí la inquietud de la difusión de ideas, de sistematizar un pensamiento con y para otros, de la búsqueda no de trascendencia personal sino de un valor de intercambio a través de la palabra en la construcción de una conversación en común. Doce libros publicados y muchos otros escritos que esperaban salir a la luz nos dejan una tarea por delante que es recuperar ese legado en términos de obra, de hilar ese pensamiento que se fue consolidando a lo largo de los años y los cambios sociales, políticos y culturales de nuestro país y del mundo, como un diálogo. La influen-

cia del neoliberalismo, como modo de sumisión subjetiva a las reglas del capital, los impactos de ese modelo en las relaciones humanas, la expansión irrefrenable de la tecnología y el deterioro de los vínculos interpersonales y comunitarios, la disolución afectiva de las redes de cuidado, y sobre todo, la soledad, fueron temas de gran preocupación sobre el destino de la humanidad. Solía repetir un tema en el último tiempo: el fenómeno “hikikomori”. Un término japonés para referirse al aislamiento social y la imposibilidad de tejer lazos con otros, un síntoma de ese conflicto que se expande como drama social y se convierte ya en un asunto político. A la vez, la influencia de los movimientos de lucha de estas décadas marcó también su mirada, muchas veces me dijo como hija (además feminista) que veía en ese potencial de las mujeres un faro, acaso una reserva de ilusión de otros mundos posibles, y que lo alentaron a pensar temas muy profundos como el amor, la sexualidad, la libertad, los derechos, la intimidad, la amistad y que hoy, releyendo algunos de sus textos, funcionan como una guía.

Es difícil acotarse en estas líneas, pero no puedo dejar de pensar entre esas continuidades su aporte en el campo de la salud mental comunitaria. Reconstruir la coherencia entre su rol en el consultorio con sus pacientes y el pensar colectivo de su vida pública me lleva

justamente al lugar de la palabra, que alivia y acompaña, pero a la vez se expande a otros sitios anónimos donde se convierte en mensaje, como botella al mar. Deja de pertenecer al orden de lo privado para convertirse en un refugio de singularidades que, juntas, hacen de esa palabra algo universal. Hay algo claro en ese mensaje que nos convoca a muchos y muchas que compartimos el campo de la salud y es que no hay posibilidad de comprender la vida psíquica, emocional, espiritual de las personas por fuera de sus contextos históricos y culturales, de sus capitales simbólicos, de sus grupos de pertenencia, de sus marcas identitarias. Ese pasaje del “sujeto enfermo” al síntoma como “paradigma de lo social” nos compromete como comunidad profesional y científica pero también como ciudadanos y ciudadanas que alumbran una sociedad más justa e igualitaria, que aloja al padecimiento y la locura como propias, que nos aleja del estigma de la diferencia y nos acerca a un compromiso con lo común.

Me queda resonando su frase “curarse es volver a organizar una vida” y encuentro ahí la síntesis de un pensamiento extenso y complejo, que nos interpela a imaginar los modos en los que podamos reparar nuestra condición humana, en un mundo que atraviesa como nunca antes una profunda crisis civilizatoria. No tengo dudas que en esa tarea Emiliano Galende nos deja

una huella para seguir en el camino.

Gracias a sus colegas de la Universidad Nacional de Lanús por invitarme a compartir estas líneas y sobre todo por haberlo querido tanto.